



El G7, la ONU y el futuro de Afganistán

Traducción de artículo escrito por Jeffrey D. Sachs y publicado en Project Syndicate. Para ver versión original hacer click [aquí](#)

Cuando los líderes del G7 se reúnan esta semana para discutir sobre Afganistán, deben tener claros los objetivos centrales: liberar a sus nacionales y socios afganos, y luego trabajar de manera constructiva con China, Rusia y otras partes interesadas para poner fin a la espiral descendente de 40 años del país. Basta de destrucción; es hora de construir.

NUEVA YORK - Esta semana, los líderes del G7 se reunirán para discutir sobre Afganistán. Es crucial que los líderes del G7 piensen claramente sobre los objetivos importantes para Afganistán para evitar agregar otro ciclo de miseria, derramamiento de sangre y flujos masivos de refugiados.

Sobre todo, deberían utilizar la reunión simplemente para coordinar las políticas entre los siete países en preparación para las acciones de la sede mucho más importante, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Sin China y Rusia en la mesa, no hay posibilidad de un enfoque internacional coherente hacia Afganistán.

Con esto en mente, el G7 debería apuntar a comprometerse con Afganistán bajo los talibanes, no aislar o matar de hambre al país. Esto es importante no solo como una táctica a corto plazo para ayudar a los occidentales y afganos vulnerables fuera del país de manera pacífica, sino también para evitar futuros baños de sangre, crisis humanitarias y oleadas de refugiados. Por muy tentador que sea para Estados Unidos y sus aliados del G7 mantener a largo plazo las reservas de divisas de Afganistán, congelar la ayuda para el desarrollo e intensificar las sanciones estadounidenses (y posiblemente de la ONU), tal enfoque está condenado al fracaso. tan predeciblemente como la misión de la OTAN de 20 años acaba de fracasar.

Estados Unidos sabe mucho sobre castigar a otros países, pero no sabe mucho, o tal vez le importe mucho, sobre cómo arreglarlos. Muchos en la clase política estadounidense están pidiendo en voz alta el castigo de los talibanes. Después de todo, Estados Unidos ha sido profundamente humillado. Pero el resto del G7, y el resto del mundo, debería rechazar los llamados a la venganza de los mismos políticos y estrategias estadounidenses que hicieron tanto para meter a Estados Unidos y a la OTAN en este lío de 40 años (la intervención de Estados Unidos en Afganistán, debemos recordar, comenzó en 1979, no en 2001). Estas son las personas que defendieron el apoyo inicial de Estados Unidos a los muyahidines, que luego se convirtieron en los talibanes y al-Qaeda. Estas son las personas que favorecieron la posterior invasión de Afganistán en 2001. Y estas son las personas que creían que un aumento de tropas en los primeros años de Obama sería suficiente.

Estas personas deben ser ignoradas. Si los talibanes se abstienen de cometer asesinatos por venganza contra sus enemigos o de una brutal represión contra las mujeres y las niñas, los países del G7, las agencias de la ONU, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Banco Asiático de Desarrollo (ADB) deberían estar listos para continuar, y, de hecho, aumentar el apoyo financiero a Afganistán.



Sí, la derecha estadounidense gritará y etiquetará al presidente Joe Biden de traidor. Pero la derecha estadounidense detesta toda ayuda extranjera, razón por la cual Estados Unidos ha sido incapaz de ayudar a los países pobres a estabilizarse. La derecha quiere conquistar países, no ayudarlos a desarrollarse.

Hay más que debería hacer el G7. Primero, debería encargar un estudio independiente de por qué su programa de desarrollo durante 2001-20 no ayudó a Afganistán a estabilizarse y mejorar lo suficiente como para permitir que el gobierno y sus fuerzas militares resistieran la reconquista del país por los talibanes. (Sugerencia: observe el desequilibrado gasto en seguridad en lugar de desarrollo; el financiamiento crónicamente inadecuado de los programas sociales y la infraestructura; el enfoque desarticulado que carece de una estrategia general; la corrupción entre los contratistas estadounidenses, no solo los afganos; y la falta de proyectos sostenibles claros y ambiciosos. puntos de referencia y objetivos de desarrollo).

En segundo lugar, el G7 debería pedir al Consejo de Seguridad de la ONU que integre el pensamiento económico y de desarrollo sostenible en sus futuras acciones y planificación con respecto a Afganistán, con informes periódicos de los funcionarios de la ONU en Afganistán. El Consejo de Seguridad debería saber trimestralmente si los niños, incluidas las niñas, están en la escuela (con útiles y maestros para ellos); si las clínicas están funcionando; si las aldeas tienen acceso a agua y electricidad; si las madres pueden obtener atención neonatal y obstétrica; si hay suficiente comida para comer; y, finalmente, si hay suficientes fondos de desarrollo para cubrir estas necesidades esenciales.

Estos puntos de referencia son todos parte de los Objetivos de Desarrollo Sostenible, y los ODS deberían aplicarse a un gobierno liderado por los talibanes en Afganistán tal como deberían haberse aplicado al gobierno respaldado por la OTAN.

Desafortunadamente, fue la misión de la OTAN la que no se tomó en serio los ODS. En 2019, por ejemplo, la ayuda total de los donantes a Afganistán para programas educativos ascendió a unos míseros 312 millones de dólares (ver datos aquí), o unos escasos 20 dólares por niño para los 15 millones de niños en edad escolar de Afganistán (de 5 a 19 años). Por el contrario, Estados Unidos gastó alrededor de \$ 1 millón por año por soldado para los miles de soldados estadounidenses en Afganistán.

De esa miserable suma destinada a la educación, ninguna ayuda se canalizó a través del presupuesto del gobierno. En cambio, se presentó en forma de proyectos implementados directamente por ONG y otras personas externas. No es sorprendente que el pueblo afgano pensara muy poco en su gobierno. No desempeñaba ningún papel en la educación de sus hijos (o en otras funciones sociales básicas), y los donantes no estaban ayudando al gobierno a desempeñar ningún papel importante que no fuera el de proporcionar seguridad.

Algunos políticos estadounidenses probablemente se verán tentados a apoyar a nuevos grupos insurgentes para luchar contra los talibanes, aparentemente como una forma de presionar a los talibanes en la mesa de negociaciones. Esta es una receta típica de Estados Unidos, pero invariablemente conduce a una guerra sin fin. Afortunadamente, Estados Unidos probablemente



carece de los medios logísticos para apoyar una insurgencia, y es muy difícil ver que China o Rusia estén a favor de un enfoque tan ingenuo.

Salvo el apoyo a los insurgentes, Estados Unidos e incluso el G7 se verán tentados a negarse a reconocer a cualquier gobierno liderado por los talibanes, negando que tenga legitimidad. Tal medida se utilizaría entonces como base legal para continuar congelando las reservas de divisas de Afganistán en la Reserva Federal de los Estados Unidos y para detener cualquier nuevo financiamiento para Afganistán del FMI, el Banco Mundial y el BAD. Estados Unidos y sus aliados fomentarían así una crisis económica y humanitaria más profunda. Pero ¿con qué fin? Incluso las sanciones paralizantes de Estados Unidos rara vez desalojan a los gobiernos, y es muy poco probable que lo hagan en Afganistán, al igual que no lo han hecho en los últimos años en Irán, Corea del Norte y Venezuela.

Los líderes del G7 deben tener claros los objetivos centrales en Afganistán: liberar a sus nacionales y socios afganos, y luego trabajar de manera constructiva con China, Rusia y otros países interesados para poner fin a la espiral descendente de 40 años de Afganistán que Estados Unidos ayudó a iniciar en 1979. Basta de destrucción. Es hora de construir.